



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 12224

### PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Peninsula: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11 25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

MIÉRCOLES 10 DE AGOSTO DE 1904

### CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París: A. Lorette, rue Caumartin 16; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

## ¡5 DUROS MENSUALES!

# PIANOS

DE CUERDAS CRUZADAS  
SUBLIME R. MARISTANY  
MARCA R. MARISTANY  
CASA FUNDADA EN 1870

## ¡5 MILLONES DE CAPITAL!

Ses miles y miles remitidos y vendidos para toda España es suficiente garantía de que son los preferidos a toda otra fabricación.

### REMESAS DIRECTAS A ESA PROVINCIA

Reconocida y dictaminada SIN RETENCIONES por el profesorado español y eminentes artistas extranjeros, la marca R. Maristany como SIN IGUAL y SUPERIOR a toda otra nacional.

### 8 AÑOS GARANTIA

con certificados por esta respetable casa.

PEDIR ANTES NOTAS DE PRECIOS Y DISEÑOS

Plaza Cataluña 18 Barcelona

## Luces y sombras

Luces y sombras... Hunden los aires los alegres sonos de las músicas, con sus vibrantes y animados pasodobles, y la multitud munevese como poseída de vértigo; y pasan rápidos los coches que conducen a las hermosas mujeres cubiertas sus cabezas con la airosa mantilla española; la alegría rebasa los límites ordinarios y parece que el pueblo español va a celebrar acontecimientos trascenden-

tales, como por ejemplo, la reconquista del peñón de Gibraltar ó la muerte del cacicazgo infame ó la proclamación de leyes que arrojan en el suelo español semillas de prosperidad. Nada de esto; las luces de ese cuadro hermoso se llenarán pronto de sombras, por qué la multitud enloquecida por la fiesta que se celebra, obria por el triunfo, pedirá sangre, mucha sangre para saciar sus apetitos; y pedirá nuevas víctimas que caigan traidoramente heridas sobre la candente arena. Y las luces de ese cuadro que estuvo animado en un principio por los resplandores de la hermosura, por las brillantes de la música y por las notas seductoras que dan las gentes cuando se disponen a solazarse, ahogando por unos momentos los pesares de la vida, se trocarán en sombras que hacen dudar de que el hombre que asiste al circo laurino, pertenecerá a la misma raza de los que con su soberana inteligencia han hecho progresar las ciencias y las artes, arrancando secretos a la naturaleza, horadando las montañas para unir mejor con el vapor y la electricidad los pueblos; midiendo con exactitud matemática las distancias que nos separan de los astros, describiendo con el microscopio los pequeños mundos y con el telescopio los grandes, y llenando, en fin, su inteligencia de asombrosas ideas y su corazón de liernos afectos, despiertos cuando la caridad le inflama, haciéndole latir fuertemente en bien de sus semejantes, caídos en las garras de la miseria ó en las pesadumbres de la desgracia.

No servirán estas apreciaciones para menoscabar en lo más mínimo la afección a las corridas de toros, que constituyen el más negro reproche a la nobleza de la patria que las consiente, y el defecto más grave de la multitud que las aplaude; no aminorarán los entusiasmos que sienten por el arte laíri-

no muchos españoles. Mas no importa, porque alcanzará poca vida lo que ya vive sin gloria, esperando para morir las energías de un legislador que de la puntilla a lo que ya consumió, acajara damente.

## ¡Gobernables y muy gobernables!

Con hallarse fuera de la capital de la Nación el presidente del Consejo de ministros, se podría decir, en una situación como ésta, que se halla ausente más de la mitad del Gobierno.

Hay que restar también al ministro de Estado, que acompaña ahora a la Corte.

Mas, esto es cosa secundaria; lo principal para el objeto de nuestras observaciones está en que tenemos actualmente la menor cantidad posible de Gobierno. ¡Y sin embargo vivimos!

Y no vivimos, seguramente, peor que cuando todos los organismos del Estado se hallan en activas funciones; cuando se encuentran en Madrid todos los ministros, abuelto el Parlamento, despierta y agitada la política, las mayorías apercebidas a la lucha, y las oposiciones vigilantes.

Hoy no sobrevienen huelgas más frecuentes ni más peligrosas que las que acaecen en cualquiera otro período; ni sorprenden los motines con tanta facilidad, como al estar el Gobierno en la plenitud de su pujanza; ni circulan sinestros rumores de conspiración, como los que han solido perturbar los ánimos más tranquilos, en épocas normales; ni la seguridad del ciudadano español corre mayores riesgos que los que á veces, con la extrema vigilancia de los ministros, ha corrido.

Por lo tanto, no se puede llamar ingobernable a un país que, según atestiguan los mencionados hechos, por sí solo se gobierna.

La consecuencia que de ello inmediatamente se deduce es que los obstáculos del Poder público, para guiar a una sociedad tan mansa, no son, ni con mucho, tan altos ni tan graves que puedan servir de excusa a la inacción y a la infertilidad.

El pueblo español es como enfermo crónico, á quien la virtud de la Naturaleza

puede ir curando poco á poco, con tal de observar estricta higiene y de que las equivocadas recetas de los médicos no vongan á contrariar y á torcer aquella fuerza. Porque, nótese bien! casi todos los recrudescimientos de nuestros males, que hoy presumimos próximos y cuya proximidad inquieta ya á nuestra prudencia, se deben á sermoneos, desde el quebranto de la moneda, hasta la exacerbación de las pasiones en el orden religioso.

Lo que se debe hoy afirmar es que las clases dirigidas, que son las que no disfrutan del verasé, las que no tienen vacacionés, las que experimentan en la época actual mayores perturbaciones, las que no lo gran sédante alguno para sus excitados nervios; á pesar de no sentir sobre sí la acción tutelar ni restrictiva de las clases directoras, van por sí mismas caminando por el áspero sendero de la existencia nacional con regularidad apacible.

La consecuencia lógica de este hecho innegable es que no está en aquellas clases el origen, ni el motivo, de las grandes perturbaciones.

Este fenómeno de psicología nacional, esta quietud del ánimo público, la cual consiente al gremio de pensadores hacer burla de una población de 500.000 almas, es un factor del problema de gobierno, digno de que se le tome con el mayor cuidado en España.

Porque, ¿cómo tal puede ser empujada hacia el bien con nuestra paciencia social que la reclamada, acaso, por un pueblo más activo, que por lo mismo, es capaz de ser más resistente.

A la sombra de sus parrales, allí en Alhama la Real, D. Nicolás Salmerón recuerda que es preciso agitar la opinión republicana, y éste es el programa de Eco para que algunas las vientos; pero, se salen si bienas que ahora serian muy gratas. ¿Cómo va á alborotarse por la causa de la República un pueblo, que no se encorcha por el panecillo? No hay forma, pues, de mantener el epíteto de ingobernable aplicado á nuestro país. De ello es el presente verano la mejor prueba.

¡Y ahora, que nos hablen de revolución!

## Apendicitis

A la hora de ahora, la aristocrática dolencia de moda, la terrible apendicitis, está quitando el sueño á la mayoría de las gentes acaudaladas; que lo mismo decían

las indumentarias «fanás» que las enfermedades vulgares.

La «apendicitis» es una dolencia, que indaga desde luego en quien la padece, que es persona de muchas campanillas y desahogada posición, como que no hay noticia de que la sufra ningún peditaño.

No hay temor de que llegue á constituir una epidemia.

Los infelices que recogen las sobras del rancho, los que forman la clientela del fi-gón, los que se dedican al vulgar cocido, quedan borrados «sine facto» del privilegio de tener la «apendicitis».

Solamente los que comen carne alcanzan el alto honor de padecer esa enfermedad, casi mortal, sobre todo si se descuida su curación; y aun cuando puede determinar el terrible misero, ese cólico espulzante que invierte los términos y perturba por completo la libre circulación intestinal, no se asustan ni se arredran los elegantes, que anhelan ser alcanzados por esa enfermedad para darse entre sus amigos y relacionados el correspondiente pisto.

Los periódicos traen algunas estadísticas curiosas á propósito de esa dolencia «superior» y de sus noticias resulta que el sistema vegetariano es el mejor para estar libre de tan «distinguida» enfermedad.

Poca lava y entre zarzas; esto es, poca carne y muy pasada por tania, eso es lo que se necesita para que la alimentación no perturbe la función digestiva en ese tipo largo y estirado, de seis ó siete varas, que constituye el respectivo «bandullo» de cada quisque.

Los médicos que se han dedicado al estudio de las «apendicitis» han llegado á la conclusión de que el cocido, el «cochido» español, como ellos dicen y escriben, es el ideal alimenticio para evitar esa enfermedad, y claro es, ahora en el extranjero los que prefieren la salud á la moda y quieren verse libres de esa dolencia; andan á caza de recetas para confeccionar el cocido á la española.

Aquí, por el contrario, la gente entonada pasó de la cocina francesa á la británica, se atraca de bisteks, de rosbits, de platos de carne á medio cocinar, resumiendo sangro.. y llamando á la «apendicitis» con ansias rayanas en la perturbación mental.

La receta para el cocido, el verdadero cocido del pobre, sólo la sabrán esas admirables y santas mujeres, que de un «triste» jornal de siete ó ocho reales sacan para dar comer á la prole, pagan al casero, visten y calzan... y no se mueren de hambre.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 200

parabó aquello mal, y di un fuerte rodillazo á Gauthier por bajo de la mesa, y respondí al cosaco: —Si y no; según para lo que lo quise. —Ya entiendo; teméis ser sorprendidos y perjudicar al general. Mas estad tranquilos, que ya no tiene nada que temer. —¿Qué decís? —Una cosa muy sencilla: mi amo ha hecho diligencias, y por consideración á él, Luis XVIII ha expedido un decreto que le pone á cubierto de toda persecución por lo pasado. —¿Y la prueba de eso? —Miradla. Sacó entonces de su saco un gran pliego, especie de carta cuadrada, que me entregó. Creí entonces que quería aconsejarme, y tomé mis precauciones. Echéme el pliego en el bolsillo, y dije á Gauthier que retuviese al cosaco todo lo que pudiera en casa de la Chopine, mientras iba á hacer una diligencia, y hámelo aquí. Ahora voy á volver allá pasito á paso á relevar á mi camarada de su centinela. —Vete en carruaje, y que venga Gauthier contigo.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 201

—Está bien, mi general. —Pero ¿cómo se sabe el nombre de ese ruso. —Si no me engaño, ha dicho que se llama Swan. Al oír este nombre, los antiguos huéspedes del castillo de Arrow dejaron escapar una exclamación de sorpresa; Jorge sintió venir á sus ojos una lágrima; y Blanes se acercó á su marido, como para sostenerle; tales eran las sensaciones terribles y mal pagadas que había experimentado al oír el nombre de Swan. Cuando Carlos hubo salido, Jorge llevó á Blanca hacia el jardín, y le dijo: —Tengo que pedirte un gran favor, Blanca mía. —Habla, Jorge. ¿No sabes que soy toda tuya? —Me es imposible hablar á mi padre del conde de Arrow, y sin embargo, puedo negarme á hacer lo que me pide en esta carta. La joven recorrió el pliego que le daba su marido, y que solo contenía algunas rengiones: —En consideración á todo lo que he padecido, en nombre de Eugenia muerta y de nuestra juventud, obtén para mí el perdón de mi padre antes de morir. Me he envenenado, y solo me restan dos días de vida. No podía soportar por más tiempo el suplicio que vengo sufriendo hace tantos meses. Te ruego por lo que me amas, no rechaces mi últi-

LIBROS HERMANOS 204

de nacimiento, por mi abuelita he conservado reliquias en Basle. Juan Castelnau hizo un movimiento de sorpresa: mas al ver el rostro placido y sereno de Blanca se serenó. Mas sus facciones conservaron algo de rigidez que imprimía en su economía un vis de tristesa. Blanca aparentó no reparar en ello, y continuó: —Yo estuve á punto de casarme con un prisionero francés antes de conocer á mi Jorge, y no deposité á fé de mi pobre tío que no se verificase. Pero yo estaba destinada á ser francesa en todos conceptos. —Dios no pondrá dejasos en aquel país encantado, dijo Juan Castelnau con un acento de ternura paternal lleno de convicción. —La triste vida de aquel hombre me afectó extraordinariamente cuando estubo todos los por momentos perirme que yo no le había conocido sino rodeado de honores y abrumado con los favores de la corte y la consideración de todos. —¿Y qué ha sido de él? exclamó Juan Castelnau conmovido á pesar suyo. —A los ojos del mundo ocupa una posición de las más brillantes del imperio, pero creo que el infierno